



**¿POBREZA = FRUSTRACION = VIOLENCIA?
Crítica empírica a un mito recurrente**

Eugenio Tironi

Working Paper #123 May 1989

Eugenio Tironi is Research Director of SUR in Santiago, Chile, and has been external consultant for PREALC-ILO since 1987. During the campaign for the Chilean plebiscite in 1988 he conducted opinion polls and worked as a television scriptwriter-editor for the “No” campaign. He is the author of *La Torre de Babel* (Santiago: SUR, 1984), *Pinochet. La dictadura néo-libérale* (Paris: L'Harmattan, 1986), *El liberalismo real* (Santiago: SUR, 1986), and *Los Silencios de la Revolución. Chile: la otra cara de la modernización* (Santiago: La Puerta Abierta, 1988). He co-authored *Las clases sociales en Chile* (Santiago: SUR, 1985) and *Pobladores. Luttés sociales et démocratie au Chili* (Paris: L'Harmattan, 1989), and he edited *Marginalidad, movimientos sociales y democracia* (Santiago: Propositiones/Sur, 1987). His articles on social stratification, collective action and urban marginal groups have been published in Chile, Peru, Mexico, Venezuela, Italy, Spain, and France. He was a faculty fellow at the Kellogg Institute in the spring of 1989, working on social disintegration and authoritarianism.

This paper is based on the results of a survey carried out by the author and E. Weinstein at the Centro de Estudios y Educación SUR in Santiago, with support from the Ford Foundation. The author wishes to thank Roberto DaMatta, Manuel Antonio Garretón, Scott Mainwaring, and J. Samuel Valenzuela for their comments on his presentation of the paper at the Kellogg Institute in February 1989.

Eugenio Tironi is Academic Director of SUR Research Center in Santiago, Chile. He conducts campaign polls and was the scriptwriter-editor of the television programs for the "No" campaign. He is currently a residential fellow at the Kellogg Institute, working on a research project on the phenomena of social disintegration. He is the author of *Los Silencios de la Revolución. Chile: La otra cara de la modernización*, which won a prize as the best essay of the year and was among the Chilean best-sellers of 1988.

Este documento esta basado en los resultados de una investigación llevada a cabo con E. Weinstein en el Centro de Estudios y Educación SUR de Santiago (Chile), con el apoyo de la Fundación Ford. Agradezco a Roberto DaMatta, M. Antonio Garretón, Scott Mainwaring, y J.Samuel Valenzuela por sus comentarios a la presentación que hice en el *Kellogg Institute for International Studies* de la Universidad de Notre Dame el 28 de febrero, 1989.

ABSTRACT

This paper examines the hypothesis that there is a positive association between poverty and the predisposition towards collective violence. The author presents the results of a survey carried out in 1988 among marginal and middle-class sectors in Santiago, Chile, with indices of "orientation towards violence," "frustration," "adaptation/resignation," and "coercion." The survey results tend to contradict the hypothesis. The urban poor of Santiago do not show a greater orientation towards violence than the middle class: on the contrary, they show a marked predisposition towards resignation, with the exception of a small group that shares a particular political socialization. Moreover, the results show that the marginal urban sectors are more affected by state coercion than by socioeconomic frustration, which also contradicts the hypothesis that poverty produces attitudes and demands directed towards purely economic ends. This leads to the conclusion that it is wrong to think of urban marginal sectors as a group with explosive demands, capable of destabilizing the transition to democracy in Chile, since they have a much greater interest in democracy than is often supposed.

RESUMEN

El propósito de este *paper* es someter a prueba la hipótesis según la cual hay una asociación positiva entre la condición de pobreza y la predisposición hacia la violencia colectiva. Para esto se presentan los resultados de un *survey* efectuado en 1988 en sectores marginales y en sectores medios de Santiago (Chile), con índices de "orientación a la violencia," "frustración," "adaptación/resignación" y "coerción." Esta información contradice la hipótesis mencionada, pues los pobres urbanos de Santiago no muestran una orientación a la violencia superior a la de los grupos medios; en cambio, manifiestan una marcada predisposición a la resignación, a excepción de un pequeño núcleo que comparte una particular socialización política. Al mismo tiempo la información indica que los marginales urbanos son más sensibles a los efectos de la coerción estatal que a los efectos de la frustración socio-económica, lo que contradice también la hipótesis según la cual la pobreza produciría actitudes y demandas orientadas por fines puramente económicos. Esto lleva a concluir que no hay razones para imaginar a los marginales urbanos como un grupo con demandas explosivas, capaces de desestabilizar la transición a la democracia en Chile, pues están mucho más interesados en ella de lo que muchas veces se supone.

Sauvages on les dit, sauvages on les veut. Sauvages elles seront donc, de toutes les manières et à tous moments de leur existence.

L.Chevalier,
Classes Laborieuses et
Classes Dangereuses.

INTRODUCCION

Un fantasma recorre las ciudades de Latinoamerica. No se trata de aquel constituido por la clase obrera sino de otro tanto o mas temible, formado por las masas marginales urbanas empobrecidas por la crisis económica que ha golpeado a la región durante la presente decada. Tiempo atras el fantasma tomó cuerpo en Caracas, con un saldo impresionante de muertos y heridos. Pero ya estaban los antecedentes de los *quebra-quebra* en Rio de Janeiro o San Pablo y de las “protestas” de Santiago. Casi no hay metrópoli latinoamericana que en los ultimos años no se haya enfrentado a estallidos de violencia del mismo tipo. Tanto en la opinión pública como en las élites esto no hace mas que reforzar la representación de los marginales urbanos (los *favelados* de Brasil, los *pueblos jovenes* de Peru, los *pobladores* de Chile) como un un foco latente de violencia.

La “violencia de los marginales” ha llevado a que desde algunos sectores se le impute a estos grupos una capacidad salvacionista o emancipadora, mientras desde otros se los percibe como una amenaza para el orden social que tarde o temprano hay que extirpar. Estas dos interpretaciones opuestas estan basadas, sin embargo, en una misma sociología de la pobreza, segun la cual ella estimula una actitud de frustración y esta a su vez instiga el radicalismo o la predisposición a la violencia colectiva. En los ultimos treinta años la investigación histórica y experimental ha permitido acumular numerosa evidencia que contradice esta asociación. Con todo, esta tesis ha seguido vigente pues goza ya de la autonomia propia de los mitos; vale decir, ella configura la realidad social sin ser al mismo tiempo cuestionada por ella.

Por ejemplo, el mito acerca de la violencia de los pobres urbanos ha vuelto a mostrar su poder en el debate en torno a los problemas de la transición a la democracia

en Chile. Se ha hecho usual escuchar voces que se refieren a los pobladores como si estos fueran una fuente de demandas amenazadoras para la estabilización de un nuevo régimen: terminar con la pobreza—y, en algunos casos, terminar con los pobres—parece ser una condición para la democracia. Tras esta visión, lo que yace es una sociología política que no reconoce el interés que puedan tener los pobres en la democracia, pues su condición los arrastraría indefectiblemente a la frustración y a la violencia.

Es sabido que los mitos cumplen una función social; ellos no se eliminan, por lo tanto, con una simple crítica racional. Pero las ciencias sociales renunciarían a su vocación si no atacaran insistentemente los mitos en boga, especialmente cuando estos penetran en su propio campo y se ponen un ropaje científico. Esto explica el propósito de este trabajo, que no es otro que allegar nueva evidencia empírica sobre esta materia.

La información está sacada de un *survey* sobre actitudes políticas realizado en Santiago (Chile) en 1988. Según esta evidencia los índices de orientación a la violencia de los grupos marginales no difieren mayormente de los que se encuentran en las clases medias. Además esta aparece como una actitud aprendida, y no el resultado directo de una situación frustrante ni, menos aún, de altos niveles de pobreza. La masa de los pobladores tiende a adoptar actitudes adaptativas y a caer en un estado de resignación. Llama la atención la fuerza que alcanza el sentimiento de vivir bajo un Estado coercitivo. Esto indicaría que el interés de los marginales urbanos va más en la dirección de eliminar las causas políticas de la coerción (vale decir, el Estado autoritario) que en la dirección de eliminar las causas económicas de la frustración. Esto representa una gran *chance* para la transición a la democracia en Chile, puesto que ella está en condiciones de ofrecer lo primero, pero no necesariamente lo segundo.

1.- La “violencia de los pobladores”

La visión según la cual una renovación moral de la sociedad sólo puede ser realizada a partir de los más desposeídos se remonta muy atrás en la historia, y está fuertemente anclada en sectores del mundo cristiano latinoamericano. Esto lleva a buscar a un grupo social que cumpla con los atributos éticos necesarios para esa empresa de salvación; vale decir, que no tenga compromisos con ese orden social decadente, que mantenga vivos los nexos comunitarios tradicionales, y que se muestre

dispuesto a una acción radical.¹ Los marginales urbanos reunirían todos esos requisitos; de allí que la “violencia de los pobladores” sea vista por algunos con esperanza, pues sería el signo de que ellos están cumpliendo con su misión histórica.

Lo que ha sido novedoso es encontrarse al Partido Comunista chileno en una posición similar a la comentada. En el pasado este siempre desconfió de los marginales (el llamado “lumpen-proletariado”) por ser masa de apoyo de gobiernos “reformistas” o de aventuras ultra-izquierdistas. En los años sesenta esto le llevó a criticar duramente los enfoques teóricos y las estrategias políticas que imputaban a los marginales urbanos un rol revolucionario. Sin embargo, a partir de un espectacular giro político efectuado en 1980—que le llevó a la nueva estrategia de “sublevación popular de masas” por medio del uso de la “violencia aguda”—la situación cambió completamente. Quienes podían implementar la nueva estrategia no eran ya los obreros desde las fábricas y los sindicatos, sino los pobladores desde las calles y las barricadas. Todas las esperanzas de la “lucha contra la dictadura” fueron transferidas entonces a la protesta violenta de los pobladores.

Por otro lado el régimen militar ha presentado la “violencia de los pobladores” como una amenaza inminente para la paz social. Apela para esto al recuerdo de la violencia que estalló con las “protestas” de los años 1983-1984; y al hacerlo, automáticamente reaviva en la memoria colectiva el recuerdo de la crisis traumática de 1973 (Martínez, 1986; Tironi, 1987; Garretón, 1989). Por varios años esta operación le reportó al régimen un significativo apoyo en las clases medias; hasta hoy incluso, estas ven en los pobladores una espada de Damocles que no los deja moverse en dirección a una mayor liberalización (Tironi, 1988a).

Curiosamente esa misma percepción está presente también en la oposición política al régimen militar. Los pobladores, en efecto, son vistos como un foco de demandas económico-sociales que pueden arrastrar en cualquier momento a estallidos de violencia. Desde un punto de vista democrático esto sería doblemente disfuncional: de una parte, la “violencia de los pobladores” estimula en la sociedad las demandas autoritarias, lo que bloquea la transición; y de otra parte está la posibilidad de que ella se haga incontenible con el fin del autoritarismo, lo que va en contra de la consolidación del

¹Un análisis sobre la presencia de este tipo de aproximación (que llamaríamos “comunitaria”) en Chile se puede encontrar en Dubet, Tironi, Espinoza & Valenzuela [1989]. Para el caso de Brasil se puede consultar la revisión que hace Kowarick [1987] de la literatura sobre movimientos sociales urbanos.

nuevo régimen democrático. “Qué hacer” con los pobladores, por lo tanto, se ha transformado en un verdadero dolor de cabeza para muchos políticos de oposición.

La “opinión pública” y la élite política chilena comparten en definitiva un mismo tipo de aproximación hacia la “violencia de los pobladores”—lo que DaMatta [1982] llamaría un “discurso escandaloso,” en el que si no se la denuncia, se la elogia. Lo notable del caso es que no hay evidencia empírica para sostener esa interpretación de las actitudes y conductas de los pobladores. En efecto, una revisión de los numerosos estudios que se les han consagrado recientemente lleva invariablemente a tres grandes conclusiones: (1) los grupos marginales se orientan principalmente en función de la integración y movilidad sociales, no en función de la ruptura con el orden social; (2) lo que buscan con insistencia es el apoyo del Estado, no la autonomía respecto a él ni menos el repliegue en algún pasado sentimiento de comunidad; y (3) ellos muestran una clara preferencia por los métodos políticos y reformistas, rechazando los métodos violentos y radicales.²

Si no se trata de la lectura inmediata de un hecho histórico, entonces el discurso sobre la “violencia de los pobladores” cae en la categoría de los sistemas de creencias y sentimientos grupales que Durkheim [1967] bautizara como *representations collectives*. Como señala Moscovici [1961] estas representaciones suponen, de una parte, la re-interpretación de una experiencia histórica hasta transformarla en una imagen simple y estereotipada; y de otra, suponen la transformación de una teoría científica en un lugar común que no requiere ser sometido a prueba y que refuerza esa lectura de la experiencia histórica. En el caso chileno es claro que la experiencia que ha sido sometida a ese proceso de re-construcción son las “protestas”, convertidas en “evidencia” de la capacidad disruptiva de los marginales; lo que está menos claro, sin embargo, son las teorías científicas que respaldan esa representación.

2.- Explicándose la violencia I

La representación social acerca de la “violencia de los pobladores” se puede formalizar del modo siguiente:

(1) la pobreza induce a la frustración;

²Entre otros se puede consultar Dubet, Tironi, Espinoza & Valenzuela [1989], Tironi [1987], Campero [1987], Valenzuela [1985, 1986], Rodríguez & Tironi [1986]. Las conclusiones de estos estudios confirman, por lo demás, lo que autores como Goldrich et al. [1967], Cornelius [1969] y Portes [1974] habían observado veinte años atrás.

- (2) la frustración induce a la violencia;
 si se simplifica se tiene que:
 (3) la pobreza induce a la violencia.

De este paradigma se deriva que, en la medida en que ven parcialmente satisfechas sus necesidades socio-económicas, los grupos mas acomodados (en particular las clases medias) tenderían a rechazar el uso de la violencia; la predisposición hacia la violencia sería por tanto un atributo peculiar de los grupos mas pobres.

Como lo señala Portes [1971], en esa representación está presente uno de los mas recurrentes presupuestos de la sociología política: aquel según el cual el radicalismo es función de la frustración del individuo con la posición en la estructura socio-económica—y, a la inversa, que la obtención de recompensas del sistema eliminaría las tendencias hacia el extremismo revolucionario. La formulación mas popular de esta teoría en la sociología contemporánea se le debe a Lipset [1963], quien establece que hay una asociación negativa entre *status* socio-economico y radicalismo—del mismo modo como hay una asociación positiva entre *status* y conservadurismo. En Latinoamérica esto llevó a concluir que los grupos marginales, cuyos índices de frustración y agresividad serían superiores a los del resto de la población—incluidos los trabajadores industriales—, serían los mas propensos al radicalismo (Soares & Hamblin, 1967). A los ojos de algunos, esto los transformó en la potencial vanguardia de una revolución violenta, y a los ojos de otros, en un factor que impide la democracia.³

El rol preponderante de la frustración frente a la condiciones socio-económicas está presente tambien en investigaciones históricas que han tenido gran influencia. Es el caso del estudio de Davies [1962] sobre el origen de las revoluciones, que estableció que ellas ocurren precisamente como efecto de la frustración de expectativas emergentes provocada por una brusca crisis económicas (*revolutions are most likely to occur when a prolonged period of objective economic and social development is followed by a short period of sharp reversal* [Davies, 1962: 120-121]). Duff & MacCamnann

³ Desde la perspectiva revolucionaria nadie ha ido mas lejos en esta línea que Fanon [1961], con su “ley” acerca del papel de vanguardia del “lumpen-proletariado” y de los grupos mas excluidos en los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Algunas teorías latinoamericanas de la marginalidad (v.gr. Nun, 1969) tambien hicieron suyo este planteamiento en los años sesentas. De ahí se derivó la expectativa que algunos movimientos revolucionarios depositaron en los grupos marginales urbanos, ante el desencanto provocado por el comportamiento reformista de la “aristocracia obrera.”

[1976], en un amplio estudio sobre violencia y represión en América Latina, construyeron un indicador más sofisticado para llegar básicamente a la misma conclusión: la violencia es más frecuente cuanto mayor sea el diferencial entre lo que estos autores denominan “bienestar social” (la habilidad del sistema económico para satisfacer las necesidades de la población) y lo que llaman “movilidad social” (la presión de aquella por satisfacer determinadas necesidades).

La relación entre violencia colectiva y frustración alcanzó un alto grado de formalización con Gurr [1970]: *discontent arising from the perception of relative deprivation is the basic, instigation condition for participants in collective violence (...)* *relative deprivation is defined as actors' perception of discrepancy between value expectations and their value capabilities. Value expectations are the goods and conditions of life to which people believe they are rightfully entitled. Value capabilities are the goods and conditions they think they are capable of getting and keeping* (Gurr, 1970: 13; 24). Esta fórmula alcanzó rápidamente una gran popularidad; en cierto modo, ella consagró la explicación psico-económica del fenómeno de la violencia.⁴

En efecto, el origen primario de la violencia Gurr [1970] se la atribuye a causas psicológicas, concretamente, al mecanismo de la frustración-agresión descubierto por Dollard, Doob, Miller, Mowrer & Sears [1939]: *that the occurrence of aggressive behavior presupposes the existence of frustration and, contrariwise, that the existence of frustration always leads to some form of aggression.* Aunque refinada a lo largo de los años esta hipótesis se ha mantenido por medio siglo como el “super-paradigma” de la investigación sobre la violencia (Berkowitz, 1969; Lubek, 1986);⁵ de hecho, en ella descansa toda la racionalidad de la explicación de la violencia a partir de las condiciones socio-económicas.

⁴ Entre la economía y la psicología hay una auténtica “atracción fatal.” Las explicaciones economicistas de los fenómenos sociales se transmutan corrientemente en explicaciones psicologistas (o *vice-versa*), y ambos tipos de explicaciones se refuerzan recíprocamente. El fenómeno fue observado por Durkheim [1932], que lo atribuyó al hecho que ambas disciplinas interpretan el sistema social a partir de los individuos—en un caso las “necesidades,” en otros los “instintos” o “impulsos.” Como es bien sabido, para Durkheim esto equivalía a invertir el orden a la vez histórico (las sociedades preceden a los individuos y determinan sus impulsos y necesidades) y lógico (el todo no se explica por las partes; o sea, un hecho social como la violencia colectiva no se explica por la agregación de motivaciones individuales).

⁵ *When compared to the several thousands other studies of violence conducted during the past 50 years, “frustration- aggression” stands out as the heuristic success story, and may be a strong candidate for eventual entry into de Guinness Book of World Records as the most long-lived research hypothesis in psychology* (Lubek, 1986).

3.- La investigación

Como se señaló mas arriba, en Chile son numerosas las investigaciones que han cuestionado la pertinencia de la representación de los pobladores como un grupo violento. Hasta ahora, sin embargo su impacto ha sido escaso; o dicho de otro modo, sus conclusiones no han logrado debilitar la fuerza del mito. Esto nos motivó a intentar un nuevo asalto, con la mira puesta en el núcleo de esa vision: la *frustration-aggression hypothesis*. Con este fin diseñamos un *survey* con escalas orientadas a medir el tipo de síndromes actitudinales predominantes en los grupos marginales de Santiago.

Cuando hablamos de actitud nos estamos refiriendo a una predisposición de los individuos a actuar de un modo determinado ante ciertos hechos sociales como resultado de un sistema duradero formado por componentes cognitivos, afectivos, evaluativos y conativos (Reber, 1985; Shaw & Wright, 1967). Las actitudes suponen opiniones, pero son diferentes de estas últimas: a diferencia de aquellas estas son puramente cognitivas y fácilmente verbalizables, no implican un compromiso emocional y no regulan las conductas de los individuos. De otra parte, las actitudes permiten conocer la predisposición de los individuos a actuar en un sentido determinado, pero muchas veces esa predisposición no se realiza y el individuo actúa en un sentido diferente. Por lo mismo, una actitud positiva hacia la violencia—por ejemplo—es mas que un simple set de opiniones, pero no alcanza a ser la anticipación de un patrón de conducta; es algo así como un *etat d'esprit* favorable a lo que se defina como “violencia”, que en algunos casos puede llevar a la acción, pero en otros puede conducir sólo a la justificación o a la aceptación pasiva.

El método usual para medir las actitudes son las escalas o índices, vale decir, la asignación de un puntaje a las respuestas a determinadas sentencias o *items*. En este estudio se emplearon escalas “tipo Likert,” en donde el entrevistado debe reaccionar ante un alto numero de *items* señalando si está “muy de acuerdo,” “de acuerdo,” “indeciso,” “en desacuerdo” o “muy en desacuerdo.” Tanto los *items* como las escalas fueron sometidos a las pruebas de rigor en este tipo de estudios.

El cuestionario de 50 preguntas se aplicó a dos muestras aleatorias y estratificadas, en las que se utilizó sistema de cuotas por edad, sexo y actividad para asegurar su representatividad. La principal estuvo compuesta de 500 casos seleccionados aleatoriamente en comunas periféricas de Santiago, y por ende representativa de los marginales o pobres urbanos. La segunda muestra (que cumplió las funciones de grupo-control) estuvo compuesta de 100 casos seleccionados

aleatoriamente en dos comunas de clase media. Esta segunda muestra nos ha permitido superar una de las limitaciones que mas se han destacado de estudios anteriores sobre las orientaciones políticas de los marginales, como era la imposibilidad de establecer comparaciones con los patrones de otros grupos sociales (Portes, 1971; Castells, 1973); lamentablemente, la muestra de clase media resultó demasiado pequeña para hacer un análisis interno detallado.

En las próximas secciones presentaremos los resultados del *survey* (que aún estan en un estado de elaboración estadística muy primario) con el fin de determinar si los pobladores muestran una propensión particular hacia la violencia y la frustración, o si son otros los síndromes actitudinales mas característicos de la condición de pobreza. Se puede objetar con razón que el método del *survey* tiene muchas limitaciones para lidiar con fenómenos psico-sociales de este tipo: por ejemplo, que pasa por encima de los aspectos culturales, que no capta el efecto de la acción de “minorías activas” (para usar la noción de Moscovici [1985]), o que entrega una visión estática. Pero nada de esto descalifica los hallazgos que aquí se presentan.⁶

4.- Orientación a la violencia

Para los fines de este estudio basta con definiciones operacionales que nos permitan llegar a indicadores por medio de los cuales medir los fenómenos que nos interesan. De este modo, llamaremos orientación o predisposición a la violencia a un síndrome actitudinal caracterizado por la aceptación de conductas agresivas en la los conflictos de tipo social y/o político. Por conductas agresivas estamos comprendiendo simplemente *a behavior whose goal response is the inflicting of injury on some object or person* (Berkowitz, 1969; también Gurr, 1970; Janis, 1971; Averril, 1982).

Puesto en otros terminos, la orientación a la violencia consiste en una disposición a usar la fuerza (como conducta opuesta a la negociación) en situaciones de conflicto. Hay que enfatizar que de lo que se trata aquí es de un comportamiento agresivo en el dominio de la vida pública o social. La agresividad en la esfera privada (hacia la familia o hacia el individuo mismo, por ejemplo) corresponde a otro síndrome, como se verá mas adelante.

⁶ De hecho, los estudios de orientación mas etnográfica (Dubet, Tironi, Espinoza & Valenzuela, 1989; Campero, 1987) han sido criticados por los motivos exactamente opuestos. Todo método tiene límites: lo importante es conocerlos.

Sobre la base de esa definición construimos un Índice de Orientación a la Violencia (IOV) compuesto por cinco tipos de *items*:

- a. Disposición a hacerse justicia con las propias manos;
- b. Actitudes respecto a la legitimidad del uso de la fuerza para alcanzar los objetivos que se desean;
- c. Nivel de aceptación de la violencia cuando es practicada por otros en situaciones extremas;
- d. Actitud hacia el uso de la fuerza y la creación de una situación transitoria de desorden cuando se trata de inducir el progreso social;
- e. Actitud frente a la relación entre trabajadores y empresarios.⁷

Los resultados de nuestro estudio indican que los pobladores tienen una orientación claramente negativa hacia el uso de la fuerza en los conflictos sociales (Cuadro 1a). Esto se opone a la representación comun acerca de la “violencia de los pobladores.” La actitud de los grupos marginales a este respecto es similar a la de la clase media. Esto a su vez contradice la hipótesis que establece una asociación negativa entre *status* social y orientaciona la violencia—o a la inversa, una correlación positiva entre *status* y disposición al uso de la negociación en la resolución de conflictos.

Cabe preguntarse, no obstante, si al interior de los pobladores no se verifica la asociación negativa entre *status* y orientación a la violencia. Para despejar esa interrogante hay que quebrar el IOV por una variable adecuada. Las alternativas son multiples; en nuestro caso, seleccionamos la variable educación, donde la escala de *status* queda formada por el numero de años de asistencia a la educación formal.⁸

⁷ Se haría muy largo transcribir cada uno de los *items*. Sin embargo pondré dos ejemplos para ilustrar que método usamos para superar las resistencias que genera este tipo de temas e ir mas alla de las simples opiniones de los entrevistados. Uno de ellos decía: “Yo estoy en contra de la violencia, pero comprendo que los jóvenes la usen para hacerse escuchar.” ¿Está de acuerdo o en desacuerdo con esta afirmación?; y otro estaba construido así: Pedro dice: “para alcanzar un cambio social verdadero, hay que emplear la fuerza contra los poderosos porque estos defenderán como sea sus privilegios.” Juan en cambio dice: “la fuerza no lleva a ninguna parte; para alzar un cambio social verdadero es necesaria la colaboración de todos.” ¿Con quien está Ud. mas de acuerdo?

⁸ Se podrían haber empleado otras variables de *status* social, pero todas ellas ofrecen dificultades adicionales. Por ejemplo, es muy arriesgado usar la variable ingreso, porque la información que entrega al respecto una encuesta de esta naturaleza no es confiable. En lo que respecta a la posición en el mercado de trabajo hay que abordar el problema de cómo escalar las diferentes posiciones, lo que nos sacaría de nuestro objeto de interes: esto lo he hecho en otra parte, y los resultados son perfectamente consistentes con los presentados aquí (Tironi, 1989b).

Como se puede ver en el Cuadro 1b, el grupo formado por los pobladores con menos años de educación muestra una predisposición positiva a la violencia inferior a la del grupo con mayor educación—aunque la oposición a ella es también inferior.

Cuadro 1

INDICE DE ORIENTACION A LA VIOLENCIA (IOV)

1.a.- Frecuencias (en porcentajes)

	Pobladores	Clase Media
Alto	14.2	18.2
Medio	24.4	18.2
Bajo	<u>61.4</u>	<u>63.6</u>
	100.0	100.0

1.b.- Educación (en porcentajes)

	Años de Estudio			
	hasta 4	5 - 8	9 - 11	12 y mas
Alto	12.5	16.7	10.8	17.7
Medio	37.5	27.8	23.4	17.8
Bajo	<u>50.0</u>	<u>55.5</u>	<u>65.8</u>	<u>64.5</u>
	100.0	100.0	100.0	100.0

5.- Frustración

Para nuestros propósitos definiremos frustración como la percepción de discrepancias entre las expectativas socio-económicas y la capacidad del individuo para satisfacerlas al interior de una particular estructura de oportunidades.

La definición adoptada establece una clara diferencia entre frustración y privación. La frustración no equivale a la insatisfacción permanente de ciertas necesidades (que es a lo que se refiere el concepto de privación), sino a la percepción de una barrera que bloquea arbitrariamente la obtención de una meta, que impide la materialización de una recompensa acostumbrada, o que desvanece la realización de una esperanza (Berkowitz, 1969; Janis, 1971; Gurr, 1970). De otra parte, la noción de frustración que se emplea aquí está referida exclusivamente a las expectativas, objetivos o metas en el plano socio-económico: lo que dice relación con el sistema y las instituciones políticas corresponde a otro fenómeno que trataremos aparte mas adelante.

A partir de esas consideraciones contruímos un Índice de Frustración (IF) compuesto por cuatro tipos de *items*:

- a. Juicio emocional del individuo respecto a su vida (rabia, rutina, alegría, etc.);
- b. Actitud hacia las oportunidades que le ha ofrecido la sociedad;
- c. Percepción sobre su movilidad social (si ha "subido" o "bajado" a lo largo de su vida en el sistema de estratificación social);

d. Percepción de justicia *vis-à-vis* la situación de otros grupos sociales.⁹

A diferencia de lo que supone el paradigma popular nuestro *survey* muestra que los pobladores no experimentan una intensa frustración (Cuadro 2a), pese a lo cual esta es mas alta que en la clase media. Si se observa lo que ocurre al interior de los pobladores se tiene así mismo que ella se incrementa levemente cuanto mas se baja en la escala social.

En síntesis: (1) los pobladores no se caracterizan por índices elevados de orientación a la violencia ni de frustración; (2) entre estos y la clase media no hay un patrón netamente diferenciado respecto a la violencia; y (3) mientras la frustración se incrementa levemente con la pobreza, la predisposición a la violencia tiende mas bien a disminuir.

Si la pobreza no conduce al reconocimiento consciente de sentimientos de frustración ni a una aceptación de la violencia, ¿a qué conduce entonces? Esta es la interrogante que dejan abierta los hallazgos anteriores, y a ella nos abocaremos a continuación.

Cuadro 2

INDICE DE FRUSTRACION (IF)

2.a.- Frecuencias (en porcentajes)

	Pobladores	Clase Media
Alto	32.7	23.6
Medio	36.9	25.9
Bajo	<u>30.4</u>	<u>50.5</u>
	100.0	100.0

2.b.- Educación (en porcentajes)

Años de Estudio

⁹ En este Índice se incluyeron preguntas como las que siguen: *si usted mira al resto de los chilenos, ¿considera injusta la situación en que Ud. se encuentra?; o ¿considera Ud. que su situación económica es mejor o peor que la que tenía en el pasado?*

	hasta 4	5 - 8	9 - 11	12 y mas
Alto	29.7	41.4	30.0	25.2
Medio	46.0	33.8	37.5	39.4
Bajo	<u>24.3</u>	<u>24.8</u>	<u>32.5</u>	<u>35.4</u>
	100.0	100.0	100.0	100.0

6.- Adaptación y Resignación

En los veinte años previos al Golpe de Estado de 1973 los grupos marginales fueron objeto de un masivo proceso de integración a la vida urbana moderna a través de la acción del Estado (Tironi, 1986b, 1987b). Desde entonces ese proceso se ha seguido desarrollando en algunos niveles (por ejemplo en el plano educacional), pero lo que ha dominado es la tendencia a la exclusión desde el punto de vista ecológico, económico y político. Las condiciones de vida no han mejorado, las oportunidades para abandonar la marginalidad son más escasas y al alcance sólo de algunos, y el Estado renunció a su función canalizadora de la movilidad social.¹⁰ Pero como se ha visto, esta re-marginalización autoritaria no ha despertado actitudes de frustración y violencia; al contrario, lo que ha estimulado son tendencias a la adaptación y a la resignación.

Cuando hablamos de adaptación nos estamos refiriendo al proceso de aprendizaje que lleva al individuo a discriminar los castigos, oportunidades y recompensas que le ofrece el medio en que está situado, y a actuar en función de ello (Janis, 1971; Leland, 1978).¹¹ Con el concepto de resignación, de otra parte, estamos haciendo mención a una actitud que se caracteriza por la limitación de las necesidades, el fatalismo, el presentismo, el rechazo de toda planificación, y un progresivo deterioro de la auto-estima (Maier, 1961; Martín-Baró, 1987).

¹⁰ Respecto a las nuevas características de la condición marginal y a su relación con el Estado se ha producido últimamente una abundante literatura. Un síntesis se puede encontrar en Tironi [1988b, 1987b, 1987a].

¹¹ Conviene distinguir la adaptación de la obediencia y de la conformidad. A diferencia del primero, estos síndromes suponen la abdicación de la iniciativa frente a una fuente externa. En el caso de la conformidad la presión viene del grupo: sin saberlo el individuo adopta opiniones, actitudes, conductas y hasta percepciones para poder ajustarse al grupo (Asch, 1951). En el caso de la obediencia, lo que hace el individuo es modificar su conducta ante la presión explícita de una autoridad situada en una estructura jerárquica, sin modificar por esto sus opiniones o actitudes (Milgram, 1975).

Por las definiciones queda claro que adaptación y resignación son fenómenos diferentes. Sin embargo nuestra hipótesis es que hay un *continuum* entre ambos, pues la resignación es resultado de una adaptación prolongada a un medio social que ofrece escasas oportunidades y recompensas. Sobre esta base construimos un Índice de Adaptación/Resignación (IAR) compuesto por 5 tipos de *items*:

- a. Una actitud hacia las autoridades estatales que se orienta a conseguir favores y no a ejercer derechos;
- b. Disposición a actuar en función de obtener recompensas y rehuir castigos, aunque esto vaya en contra de las creencias y opiniones propias (el llamado “oportunismo”);
- c. Actitud orientada a minimizar o borrar la presencia de obstáculos frustrantes exteriores al individuo;
- d. Actitud hacia la vida que rechaza cualquier planificación y en la cual todo lo que importa es el presente;
- e. Actitud fatalista hacia el futuro.¹²

Nuestra investigación muestra que el nivel de adaptación/resignación de los pobladores es muy elevado (Cuadro 3a). Si esto se compara con su grado de orientación a la violencia la conclusión cae por su propio peso: el perfil actitudinal de los pobladores se acerca mucho mas a la resignación que a la imagen de rebeldía y violencia que se ha tejido en torno a ellos.

Aquí el patrón actitudinal de los grupos marginales se diferencia radicalmente de aquel de las clases medias, que se ubican mucho mas abajo en el Indice de Adaptación/Resignación. Al mismo tiempo (Cuadro 3b), al interior de los pobladores se aprecia una asociación negativa perfecta entre la posición en el IAR y la posición en la escala socio-económica; vale decir, aquellos de más bajo *status* son justamente los más propensos al síndrome de la adaptación/resignación.

Cuadro 3

INDICE DE ADAPTACION/RESIGNACION (IAR)

3.a.- Frecuencias (en porcentajes)

	Pobladores	Clase Media
Alto	60.0	30.4
Medio	16.7	21.2
Bajo	<u>22.5</u>	<u>48.4</u>
	100.0	100.0

¹² Los siguientes son ejemplos de algunos de los *items* del IAR: *Una señora decía “a mi no me gustan los militares, pero me encantaría que mi hijo sea militar para que tenga una carrera.” ¿Está Ud. de acuerdo o en desacuerdo con esa posición?; o bien, ¿qué piensa Ud. de estas afirmaciones?: “la rebeldía no conduce a nada: mucho mas se consigue acercandose a las autoridades ‘por las buenas’; o “uno no saca nada con hacerse mala sangre: hay que aceptar lo que le depara el destino”.*

3.b.- Educación (en porcentajes)

	Años de Estudio			
	hasta 4	5 - 8	9 - 11	12 y mas
Alto	77.1	73.8	61.3	40.2
Medio	8.6	13.1	19.6	19.6
Bajo	<u>14.3</u>	<u>13.1</u>	<u>19.1</u>	<u>40.2</u>
	100.0	100.0	100.0	100.0

7.- El proceso de resignación

La actitud adaptativa se caracteriza porque el individuo tiende a desestimar cualquier acción disfuncional con su objetivo de integración al orden social. Por lo tanto, lo lógico es esperar que la predisposición a la violencia sea menor cuanto más marcada sea esa actitud: esto es precisamente lo que se concluye de nuestros datos (Cuadro 4).

Al mismo tiempo, la resignación se caracteriza porque el individuo tiende a borrar de la conciencia las experiencias frustrantes, para atribuirse a sí mismo la responsabilidad por el fracaso de su esfuerzo de adaptación. Cuanto mayor es la resignación, por lo tanto, menos intenso es el sentimiento de frustración. Esto también queda demostrado con nuestros datos (Cuadro 5): la escasa frustración de los pobladores no hace más que esconder, entonces, el fenómeno de la resignación.

Cuadro 4

**ADAPTACION/RESIGNACION (IAR) Y ORIENTACION
A LA VIOLENCIA (I O V)**

(en porcentajes)

		I O V				
		Bajo		Medio		Alto
		1	2	3	4	5
I	Alto	65.8	64.9	62.2	48.9	12.5
A	Medio	22.2	14.9	16.7	14.0	25.0
R	Bajo	<u>12.0</u>	<u>20.2</u>	<u>21.1</u>	<u>37.1</u>	<u>62.5</u>
		100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Cuadro 5

ADAPTACION/RESIGNACION (IAR) Y FRUSTRACION (IF)
(en porcentajes)

		I	F		
		Bajo	Medio	Alto	
I	Alto	69.1	57.1	53.3	
A	Medio	14.0	18.1	19.6	
R	Bajo	<u>16.9</u>	<u>24.8</u>	<u>27.1</u>	
		100.0	100.0	100.0	

La negación de los determinantes sociales de su situación conducen al individuo resignado al desinterés o apatía respecto a la política y, junto con ello, a un fuerte “individualismo.” El hecho de asumir los fracasos como una responsabilidad personal engendra también sentimientos de culpa, vergüenza y auto-recriminación. En el límite esto lleva a comportamientos auto-agresivos, vale decir, a un mecanismo por medio del cual el individuo no actúa hacia la sociedad sino que desplaza su agresividad hacia sí mismo o hacia sustitutos—como los hijos o la esposa. Los resultados de nuestro *survey* confirman también esta trayectoria de la resignación.

Por ejemplo, construimos una escala para medir el peso asignado al esfuerzo individual en la determinación del progreso social y del éxito personal. Encontramos primeramente que 60 por ciento de los pobladores se concentra en el nivel alto de la escala, contra 57 por ciento de la clase media: esta última, por lo tanto, sería menos “individualista” que los pobladores. Pero lo que más interesa aquí es haber descubierto que los pobladores que manifiestan las más altas tendencias a la adaptación/resignación son también los más “individualistas” (Cuadro 6). Procedimos también a medir el grado de interés de los pobladores en la acción del gobierno y en la política, y los resultados son consistentes: el desinterés o apatía es más alto entre aquellos pobladores que manifiestan una actitud de resignación (Cuadro 7).

Es difícil medir por medio de un *survey* las tendencias a la auto-agresión, pero lo intentamos mediante el uso de *items* proyectivos.¹³ Como en los casos anteriores,

¹³ Este es un ejemplo del tipo de *item* empleado: *en ocasiones uno escucha frases como las siguientes: “a veces son tantos los problemas, que uno se descarga violentamente con cualquiera de la familia”, con respuestas graduadas desde me pasa exactamente lo mismo hasta nunca he sentido nada parecido.*

encontramos una asociación positiva entre resignación y auto-agresividad (Cuadro 8). Cuando lo que hay es resignación, por lo tanto, la violencia no hay que buscarla en la relación del individuo con el orden social o político, sino en la relación con sí mismo y con grupos primarios como la familia y el vecindario.¹⁴

Cuadro 6

ADAPTACION/RESIGNACION (IAR) E “INDIVIDUALISMO”
(en porcentajes)

Escala de “Individualismo”

		Bajo	Medio	Alto
I	Alto	40.0	51.6	65.6
A	Medio	10.0	19.7	17.0
R	Bajo	<u>50.0</u>	<u>28.7</u>	<u>17.4</u>
		100.0	100.0	100.0

Cuadro 7

ADAPTACION/RESIGNACION (IAR) Y “POLITIZACION”
(en porcentajes)

Escala de “Politizacion”

		Bajo	Medio	Alto
I	Alto	71.8	58.3	48.8
A	Medio	11.8	18.8	22.1
R	Bajo	<u>16.4</u>	<u>22.9</u>	<u>29.1</u>
		100.0	100.0	100.0

¹⁴ Como bien lo advierte DaMatta [1982], a veces de tanto concentrarse en sus “condicionantes estructurales” el “discurso teórico erudito” sobre la violencia pasa por las formas reales que toma este fenómeno en la vida de los grupos populares.

Cuadro 8

ADAPTACION/RESIGNACION (IAR) Y “AUTO-AGRESIVIDAD”
(en porcentajes)

Escala de “Auto-Agresividad”

		Bajo	Medio	Alto
I	Alto	59.0	60.0	68.4
A	Medio	16.7	19.2	11.7
R	Bajo	<u>24.3</u>	<u>20.8</u>	<u>19.9</u>
		100.0	100.0	100.0

8.- Coerción

Como se ha visto, en el caso de los pobladores la resignación logra ahogar parcialmente el sentimiento de frustración respecto al orden socio-económico. Frente al orden político-institucional, sin embargo, en los grupos marginales se manifiesta una clara insatisfacción, cuyo origen está en que lo sienten como un orden coercitivo.

Por coerción definimos el síndrome actitudinal del individuo que ve en el Estado una fuente de amenaza y no una institución protectora, pues lo identifica con la represión, la propaganda y el control de la información. En base a esta caracterización construimos un Índice de Coerción (IC) compuesto de cuatro tipos de *items*:

- a. Actitud de temor ante la policía;
- b. Percepción de rechazo por parte de las autoridades estatales;
- c. Percepción de ser objeto de propaganda a través de la televisión;
- d. Percepción de no tener acceso a la información.¹⁵

¹⁵ Estos son algunos ejemplo de los *items* respecto a los cuales los entrevistados tenían que expresar su grado de acuerdo/desacuerdo: “Me parece que los carabineros (policía) siempre sospechan de uno, no importa lo que uno haga;” “No hay ningun obstáculo para expresar el descontento frente al gobierno, si uno así lo desea;” “siento que los carabineros y militares me protejen”; “si uno reclama, lo unico que consigue es crearse problemas con las autoridades.”

Como ya se indicó el *survey* muestra que los pobladores experimentan un elevado sentimiento de coerción frente al Estado (Cuadro 9a). Si estos resultados se comparan con los del Índice de Frustración, lo que se concluye es que la *malaise* de los marginales se remite a las características del sistema político antes que a las características de la estructura socio-económica, lo que echa por tierra la imagen de los pobres como simples *homo-oeconomicus*.

Por lo demás, los datos señalan que el índice de coerción ante la presencia de un Estado autoritario es superior entre los pobladores que entre la clase media; más aún, mientras mayor la marginalidad, mayor el sentimiento de coerción (Cuadro 9b). Esto es interesante, pues indica que el interés por la democracia (o sea, por un Estado no coercitivo, en los términos definidos aquí) no sería un atributo exclusivo de las clases más acomodadas.

Cuadro 9

INDICE DE COERCION

9.a.- Frecuencias (en porcentajes)

	Pobladores	Clase Media
Alto	58.4	51.9
Medio	24.8	22.3
Bajo	<u>16.8</u>	<u>25.8</u>
	100.0	100.0

9.b.- Educación (en porcentajes)

	Años de Estudio			
	hasta 4	5 - 8	9 - 11	12 y mas
Alto	65.6	65.2	54.3	56.2
Medio	15.7	23.2	29.4	21.9
Bajo	<u>18.7</u>	<u>11.6</u>	<u>16.3</u>	<u>21.9</u>
	100.0	100.0	100.0	100.0

9.- Pobreza + Coerción = Adaptación + Resignación

La pobreza parece inducir en los individuos una orientación hacia la adaptación individual. Varios autores han destacado la “ética individualista” de los marginales latinoamericanos, que buscan la promoción social no a través del progreso colectivo sino en el estilo clásico de los inmigrantes y de las clases medias (Portes, 1974). Por otra parte, una amplia literatura se ha encargado de subrayar la desintegración interna y la atomización de los grupos marginales, así como la existencia de una “cultura de la pobreza” en donde predominan los sentimientos de desamparo, dependencia, inferioridad y resignación (Lewis, 1975; Vekemans & Venegas, 1966; Desal, 1970; Martín-Baró, 1987).

Lo que hasta ahora se ha destacado poco es la relación que existe entre esa actitud de adaptación “individualista” y la resignación. Tal como se ha mostrado empíricamente más arriba, en esa relación parece estar la clave de los efectos actitudinales de la condición de pobreza, por lo menos allí donde esta se ha mantenido o intensificado por medios autoritarios. En el caso de los pobladores chilenos, por ejemplo, el factor que ha intervenido para transformar la actitud de adaptación propia de la pobreza en apatía o resignación ha sido la coerción generada por un Estado autoritario.

En otras palabras, cuando a la pobreza se le suma la presencia de un régimen político autoritario, lo que se produce es una situación insatisfactoria que se prolonga en el tiempo y respecto de la cual parece que no se puede hacer nada, lo que termina por inhibir la capacidad del individuo para resistir, reducir o incluso identificar las causas de la frustración (Moore, 1976). Esto coincide con los resultados de diversos estudios que han concluido que una situación de sufrimiento no despierta necesariamente la agresividad o la rebeldía, sino que puede dar origen de una actitud de pasiva resignación.¹⁶

Un ejemplo se encuentra en la investigación pionera de Jahoda, Lazarsfeld & Zeisel [1971], que demostró que la frustración provocada por la experiencia de un desempleo prolongado produce como resultado la apatía o resignación. Como lo señalan Lira & Weinstein [1981], la pérdida del empleo provoca una crisis en la relación que el individuo establece con la sociedad, con su familia y con sí mismo: la persona

¹⁶ Como dice Moore [1976], *conditioning, as we know, can change attitudes*. En efecto, esto lo sabemos desde que Festinger [1957] elaboró su teoría de la “disonancia cognitiva;” pero en la búsqueda de causas unívocas esto es corrientemente olvidado.

siente que no puede cumplir con su rol, y tiene que observar impotente como él y su familia se empobrecen; todos los días sale de la casa con la esperanza de encontrar trabajo—no importa cual—, pero no lo encuentra; con el paso del tiempo se deterioran sus símbolos de *status* y aparecen sentimientos de inferioridad, vergüenza y devaluación; el individuo comienza a culbabilizarse a sí mismo por su condición; su autoestima se ha debilitado, y se siente cansado, aislado, con miedo, dominado por el fatalismo.¹⁷

El comportamiento de los detenidos en los campos de concentración nazi también permite comprender los mecanismos a través de los cuales una situación de frustración prolongada termina por producir la forma de adaptación patológica que hemos llamado resignación. Como lo señala Bettelheim [1979], ante este tipo de “situación extrema” los detenidos ensayaban primero la “resistencia”, que se manifestaba en un esfuerzo por mantener el amor propio en la seguridad que la detención era un hecho transitorio. Con el tiempo esa actitud dejaba paso a la “adaptación”: lo que importa aquí es vivir lo mejor posible la detención, pues esta es la única realidad posible. Una vez cruzado este umbral sobrevenía la “asimilación”: toda expectativa de dejar el campo era abandonada, pues se temía más a la vuelta al mundo exterior que a la vida en la prisión.

Lo anterior indica, en definitiva, que la violencia (o lo que está a su base, la agresión) no es la única respuesta a una situación de frustración. En el campo de la psicología experimental hay numerosa evidencia en este sentido. Así por ejemplo, se sabe que para que induzca a actos agresivos la frustración debe reunir ciertas características especiales: para mencionar algunas, tiene que bloquear la obtención de un objetivo ya anticipado (Berkowitz, 1969); tiene que provocar rabia por su arbitrariedad (Averill, 1982); o tiene que afectar a individuos que han aprendido a responder agresivamente (Bandura, 1973). De otra parte, Maier [1949] ha establecido que el abanico de respuestas ante la frustración incluye también la fijación (o sea, la repetición de conductas arbitrarias o sin un objetivo definido), la regresión (tendencia a desarrollar conductas más primitivas o infantiles como una manera de escapar al presente) y la resignación (limitación de las necesidades y abandono de toda planificación, pues el

¹⁷ Después de 1973 (y en especial en las crisis de 1975-77 y 1983-85) la desocupación en Chile se ha empujado a niveles desconocidos en el pasado, especialmente a nivel de los grupos marginales urbanos (Tironi, 1988b). Los pobladores con más altos niveles de resignación son precisamente aquellos que han estado desocupados más frecuente y prolongadamente (Tironi, 1989b).

futuro y las esperanzas no son tomados seriamente). También Bandura [1973] ha demostrado que una experiencia aversiva puede facilitar una variedad de comportamientos (la búsqueda de ayuda y apoyo, un mayor esfuerzo en la obtención de logros, la resignación, la psicomatización, el autoanesteciamiento mediante el alcohol y las drogas, o la intensificación del esfuerzo para sobreponerse a las dificultades), de acuerdo al aprendizaje social del individuo y a su efectividad.

Las observaciones anteriores refuerzan lo que indican nuestros datos; a saber, que bajo un régimen político coercitivo la condición de pobreza equivale a una situación de frustración persistente y prolongada que no suscita respuestas agresivas sino que instiga una actitud de adaptación y resignación. Todo esto cuestiona la formulación original de la *frustration-aggression hypothesis* de Dollard et al. [1939], según la cual la frustración lleva siempre a la agresión. Es justo destacar—porque es a menudo pasado por alto en las versiones populares de esta hipótesis—que estos autores habían remarcado que las tendencias agresivas, aunque no podían ser destruidas, podían ser temporalmente comprimidas, o desplazarse a objetos diferentes de aquel causante de la frustración, o cambiar de forma. Esta hipótesis sufrió además algunas revisiones de los propios autores, para enfatizar que la agresión es sólo *uno* de los diferentes tipos de respuesta que instiga la frustración (Miller et al., 1941). Con todo, desde esta perspectiva la agresión es considerada siempre como la respuesta predominante y natural ante la frustración (Bandura, 1973).

10.- La “violencia de los pobladores” II

Aunque lo predominante sea la resignación, hay un núcleo de pobladores (alrededor de un 14 por ciento) que manifiesta una orientación positiva hacia la violencia.¹⁸ ¿Quiénes son ellos? ¿Cuáles son los factores que los llevan a esta respuesta?

Educados, jóvenes, estudiantes o desocupados: este es el perfil social de los pobladores que manifiestan una predisposición positiva hacia la violencia. Desde un punto de vista psico-social ellos no comparten la tendencia dominante a la adaptación y

¹⁸ El hecho de que el núcleo “violentista” sea reducido no significa que carezca de importancia ni que, bajo ciertas circunstancias, no pueda incluso arrastrar a masas enteras a actos de violencia. De hecho hay numerosa evidencia en la literatura sobre el papel de estas “minorías activas” en una situación de masas (Le Bon, 1981; Parsons, 1958; Kornhauser, 1959; Moscovici, 1981; Moscovici, Mugny & van Avermaet, 1985). Este tema lo he discutido en Tironi [1986a].

resignación (Cuadro 4); sus niveles de frustración frente al sistema socio-económico son superiores al promedio (Cuadro 11)¹⁹; y son los que resienten con más intensidad la coerción del régimen político autoritario (Cuadro 12).

En la búsqueda de factores que caracterizaran más específicamente a este grupo procedimos a quebrar el Índice de Orientación a la Violencia por la Intención de Voto frente al Plebiscito (Cuadro 13), encontrando una elevada correlación. Concretamente, la orientación a la violencia entre los que se manifiestan a favor del *No* (esto es, contra el régimen militar) es significativamente superior a la de aquellos que se manifiestan a favor del *Si*.

Ese conjunto de características va empujando hacia la siguiente hipótesis respecto a la orientación a la violencia entre los pobladores; a saber, que ella está menos relacionada con la frustración generada por la condición de pobreza que con las oportunidades de socialización de los individuos en función de su edad y de su educación.

En efecto, la orientación a la violencia de los pobladores se concentra entre los jóvenes con alta escolaridad, que ven frustradas sus expectativas escolares u ocupacionales, que sienten el peso de un orden político coercitivo (ellos sufrieron la represión más aguda después de las “protestas”), que se manifiestan en oposición al gobierno y por un cambio político, y que no han vivido nunca en una situación democrática. En su caso, por lo tanto, la propensión a la violencia no es sólo el impulso instintivo frente a la frustración de la pobreza; en ella intervienen muchos otros factores, en particular las actitudes aprendidas en la socialización política a la que han estado expuestos.

¹⁹ Cabe hacer notar que este hallazgo difiere de los resultados obtenidos por Portes [1971], quien no encontró correlación entre frustración y radicalismo. Como se explicará en seguida, en tanto no se prolongue, la frustración es *uno* de los factores que induce a la orientación a la violencia.

Cuadro 10

ORIENTACION A LA VIOLENCIA (IOV) Y GRUPOS DE EDAD
(en porcentajes)

		Grupos de Edad			
		15-19	20-24	25-33	34 y mas
I	Alto	17.5	15.3	13.6	10.9
O	Medio	22.7	27.1	19.1	29.7
V	Bajo	<u>59.8</u>	<u>57.6</u>	<u>67.3</u>	<u>59.4</u>
		100.0	100.0	100.0	100.0

Cuadro 11

ORIENTACION A LA VIOLENCIA (IOV) Y FRUSTRACION (IF)
(en porcentajes)

		I O V				
		Bajo		Medio		Alto
		1	2	3	4	5
I	Alto	23.3	29.7	37.1	53.4	62.5
	Medio	33.6	38.1	42.8	32.6	25.0
F	Bajo	<u>43.1</u>	<u>32.2</u>	<u>20.1</u>	<u>14.0</u>	<u>12.5</u>
		100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Cuadro 12

ORIENTACION A LA VIOLENCIA (IOV) Y COERCION (IC)

(en porcentajes)

		I O V				
		Bajo		Medio		Alto
		1	2	3	4	5
I	Alto	38.4	59.7	67.3	71.1	75.0
	Medio	36.4	27.2	27.2	26.7	25.0
C	Bajo	<u>25.2</u>	<u>13.1</u>	<u>5.5</u>	<u>2.2</u>	<u>---</u>
		100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Cuadro 13

ORIENTACION A LA VIOLENCIA E INTENCION DE VOTO

(en porcentajes)

		Intencion de Voto	
		SI	NO
I	Alto	5.3	26.2
O	Medio	22.8	27.8
V	Bajo	<u>71.9</u>	<u>45.9</u>
		100.0	100.0

11.- Explicandose la violencia II

En torno a la explicación de la violencia existen dos grandes paradigmas (Tilly, 1978; Boudon & Bourricaud, 1985). El primero (de las “rupturas”) es el que explica la violencia por los efectos psicológicos de los desajustes en el orden socio-económico. El segundo (de la “solidaridad”) es aquel que la explica por la socialización y aprendizaje de los actores, sus recursos organizativos y el contexto institucional. Pues bien, nuestras conclusiones a propósito de la violencia de los pobladores chilenos se ubican en la línea del segundo de estos enfoques.

En el dominio de la psicología social ese paradigma está representado por la “escuela cognitiva.” Esta descarta la hipótesis de Dollard et al. [1939], que supone que un acto agresivo—en último término—es siempre instigado por la frustración. Diversas investigaciones han mostrado que la frustración es un antecedente poco común y poco importante de las conductas agresivas (Baron, 1977; Averill, 1982). Milgram [1976] demostró de manera remarcable que un individuo puede desarrollar conductas agresivas sin la intervención de factores frustrantes, sino como efecto de la pura obediencia a una autoridad; incluso más, se ha llegado a probar experimentalmente que la obediencia tiene más poder que la frustración en el desencadenamiento de un comportamiento agresivo.

En oposición a las teorías que denominaron “instintivas” o “impulsivas” (*drive theories*), Bandura & Walters [1963] formularon la hipótesis de que las conductas agresivas se explican por el proceso de aprendizaje social del individuo, sea por la vía de su propia experiencia o de la imitación de otros modelos de conducta.²⁰ Las conductas agresivas o violentas, por lo tanto, son modeladas y reforzadas por los contactos del individuo con su familia, por la sub-cultura en que está inmerso y por los modelos simbólicos que diseminan los medios de comunicación (Bandura, 1973).

Esta misma oposición a la *frustration-aggression hypothesis* se la encuentra en el campo de la sociología. La hipótesis básica es que la violencia no surge del descontento o malestar de la población, ni de una situación de desorganización social o de anomia, sino de una fuerte solidaridad, conciencia y organización colectivas (Tilly, 1978; Cherkaoui, 1981). Como lo señala Scokpol [1979], no importa cuán frustrado o descontento puede estar un agregado de personas, estos no se comprometerán en una acción violenta sino a condición de formar parte de un grupo organizado y de contar con recursos propios. Tilly [1978] va incluso más allá, cuando afirma que *the collective violence tend to flow directly out of a population's central political process, instead expressing diffuse strains and discontents within the population*. Esto mismo es respaldado por la revisión de Nelson [1969] de los estudios empíricos sobre el tema, que le lleva a concluir que la causa del radicalismo no es la frustración sino la politización resultante de la exposición a organizaciones sociales y partidos políticos.

²⁰ *One can predict with much greater accuracy the expression of aggressive behavior from knowledge of the social context (for example, church, school, ghetto sidewalk, athletic gymnasium), the target (for example, parent, priest, teacher, or peer), the role occupied by the performer (for example, policeman, soldier, teacher, sales clerk), and other cues that reliably signify potential consequences for aggressive actions, than from assessment of the performer* (Bandura, 1973: 40).

Esta perspectiva de análisis resulta consistente con lo que descubrimos en nuestra investigación, donde la predisposición a la violencia proviene básicamente del “joven-poblador-de oposición.” Al mismo tiempo, en el caso de Chile ella es altamente congruente con la investigación histórica. En efecto, un relevamiento sistemático de los hechos con resultado de violencia protagonizados por los grupos sociales populares en el período 1947-1987 ha permitido establecer, primero, que su intensificación fue a la par con su carácter menos espontáneo y más organizado.²¹ En segundo lugar ese relevamiento muestra que los actos de violencia han evolucionado con relativa autonomía de variables económicas tales como el PNB per-cápita, la tasa de inflación y el nivel de desempleo. En cambio, las variables que dicen relación con el sistema político discriminan con fuerza los períodos de alta y baja incidencia anual de hechos con resultado de violencia: entre estas, la existencia de partidos actuando en la ilegalidad, el apoyo electoral de la izquierda política, el grado de conflicto al interior del Estado por la ausencia de mayorías políticas claras, en fin, factores asociados con la inestabilidad del sistema político.

Así como la *actitud* hacia la violencia no se puede explicar sólo ni principalmente por la *frustration-aggression hypothesis*, la evolución histórica de los actos de violencia no se puede interpretar siguiendo ese mismo modelo (donde ella es dependiente de variables socio-económicas) en el campo sociológico. Para comprender la violencia—y para identificar, al mismo tiempo, las circunstancias que pueden impedirla o eliminarla allí donde existe—es preciso entonces prestar más atención a los factores políticos y, entre ellos, al tipo de tipo de socialización al que están expuestos los diferentes individuos y grupos sociales.

12. —¿Por qué puede a los pobres interesarles la democracia? Epílogo

La interpretación de la violencia como efecto de la frustración que provoca la pobreza tiene una teoría gemela en la explicación de la democracia como el efecto de ciertas condiciones sociales y económicas—tales como un elevado ingreso per-cápita, un alto nivel de alfabetización y el predominio de la población urbana (Lipset,1963; Cutright,1963). La orientación a la violencia en un caso, la democracia en el otro, son

²¹ “Orientaciones a la violencia de grupos marginales urbanos en escenarios de transición a la democracia.” Informe Narrativo a la Fundación Ford, Santiago: Sur, octubre 1988. La pesquisa historiográfica estuvo a cargo de Gabriel Salazar, y el análisis contextual de los hechos de violencia fue realizado por Javier Martínez.

transformados finalmente en variables dependientes de la situación socio-económica. Cabe suponer, por lo tanto, que la base de datos y el enfoque usado más arriba para desmontar el mito de “la violencia de los pobres” puede ser usado también para hacer frente al mito según el cual la pobreza y los pobres son un obstáculo para la democracia. Esto es lo que trataré de dejar planteado en estas páginas finales.

Se dirá que el enfoque “economicista” de la democracia ha sido fuertemente criticado (cf. Rustow, 1970) y que goza ya de escaso prestigio en el mundo académico. También es cierto que desde la mitad de los años setenta él parece batirse en retirada en las ciencias sociales latinoamericanas, después de haber dominado sin contrapeso en la década anterior (Mainwaring, 1989). No obstante ese enfoque vuelve a asomarse (al menos en círculos políticos y periodísticos) cuando se discute de los problemas de la transición del autoritarismo a la democracia. En efecto, no es extraño escuchar sentencias como la siguiente: “*la transición a la democracia puede abortar por estallidos de violencia en los grupos marginales, los que surgirán cuando estos vean frustradas sus expectativas de una inmediata satisfacción a sus demandas económicas acumuladas.*” Si se pone atención en esta y otras afirmaciones similares, no cabe más que concluir que el “economicismo” es un muerto que aún goza de buena salud.

Dejemos a un lado el tema de la violencia—que ya ha sido discutido previamente—y pongamos atención sólo en el fenómeno de la frustración. El “economicismo” toma como un hecho que ella tiene causas socio-económicas. Sin embargo—como se ha señalado—la frustración de los pobladores chilenos no proviene del sistema económico; para ellos, el principal agente frustrante es el Estado, al que ven como una entidad coercitiva. Dicho de otro modo, entre los pobres urbanos hay más insatisfacción respecto del régimen político que respecto del orden económico.

Lo anterior no significa que los pobladores se sientan conformes con el sistema económico. Lo que ocurre más bien es que no tienen grandes expectativas de las oportunidades que él pueda ofrecerles, y no se sienten en este plano poseedores de derechos que no son adecuadamente respetados (Portes, 1974). La situación varía cuando se trata del orden político y el Estado: frente a ellos los pobladores sienten sus expectativas frustradas y sus derechos vulnerados, lo que seguramente se explica por el peso de la historia democrática chilena.

El “economicismo” se equivoca, por lo tanto, cuando toma a los pobres urbanos como “rebeldes primitivos” que actúan sólo en función de eliminar la frustración provocada por sus acuciantes necesidades económicas, lo que les volvería indiferentes a la democracia. Lo usual es que esta actitud de los marginales se la presente en oposición a la de la clase media, cuyo interés en la democracia vendría del hecho que

tiene parcialmente satisfechas sus necesidades económicas. Como se ha mostrado aquí, sin embargo, el patrón actitudinal de los marginales no difiere mayormente de aquel imputado a la clase media.²²

Por otra parte, la búsqueda por los marginales de instituciones políticas que compensen la exclusión socio-económica de que son objeto se aproxima bastante a la conducta de los trabajadores en una democracia capitalista, según el modelo de Przeworski [1983, 1985] y la tesis del *scambio político* de Pizzorno [1978].²³ Los pobladores buscan una integración social por medio de una movilización política capaz de atraer el apoyo del Estado; la acentuación de la exclusión—como en el caso chileno reciente—no hará más que reforzar la orientación a la integración por la vía política.

Puesto en otros términos, el interés o la demanda de los pobladores no se dirige primariamente a la obtención de bienes tangibles de índole económico, sino a la obtención de algunos bienes intangibles de índole político. Entre estos bienes políticos, a los pobladores les interesa antes que nada la protección que les ofrece un Estado de Derecho, así como las oportunidades de integración social que se les abren con una institucionalidad política democrática. Para los pobres—y más aún cuando lo que domina es un estado de resignación—el *appeal* político parece mucho más atractivo que una plataforma económica.²⁴ Lo que esto revela no es ni ingenuidad ni romanticismo, sino una fina sensibilidad para identificar las condiciones que les acercan a su ineludible objetivo: el abandono de la condición marginal.

²² Este no es ningún descubrimiento, ni tampoco una peculiaridad de Chile. Toda la investigación empírica de los años sesentas (Goldrich et al., 1967; Cornelius, 1969; y especialmente Portes, 1974) había llegado a la misma conclusión, y el mismo fenómeno parece darse en Brasil, según lo documenta Mainwaring [1987].

²³ Pero a diferencia de los trabajadores, los marginales pueden ser fácilmente cooptados por el Estado. Esto es lo que estaría en el origen del populismo latinoamericano según el análisis todavía vigente de Germani [1969], retomado en parte por Cardoso [1968] y Weffort [1970].

²⁴ Los resultados del plebiscito que tuvo lugar en octubre de 1989 son indicativos a este respecto. La opción *No* se presentó como la opción que prometía la democracia, identificada como el fin de los abusos y la multiplicación de las oportunidades; el *Sí*, en cambio, se identificó como una alternativa que ofrecía soluciones inmediatas a problemas económicos (Tironi, 1989a). El *No* triunfó con un 53 por ciento de los votos, en promedio; en las comunas populares de Santiago (vale decir, entre los pobladores), obtuvo en cambio más del 60 por ciento de la votación. Touraine [1988] ha puntualizado muy acertadamente el valor que tiene la ciudadanía para los marginales.

Es obvio que la transición a un régimen democrático no borraré la pobreza ni acabará con las frustraciones que genera el orden económico, pero eso no va a despertar la violencia de los grupos pobres urbanos porque no es eso lo que ellos esperan de la transición a la democracia. Lo que esperan es que ella termine con un Estado coercitivo, y esta es una tarea que la transición perfectamente puede llevar a cabo. Si lo hace, los marginales urbanos se podrán transformar en un soporte de la nueva democracia y no, como se teme muchas veces, en una amenaza para la misma.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Asch, S.E., "Effects of Group Pressure upon the Modification and Distorsion of Judgements," in H. Guetzkow (ed.), *Groups, Leadership and Men: Research in Human Relations*. Pittsburgh, PA: Carnegie Press, 1951.
- Baron, R.A., *Human Aggression*. New York, NY: Plenum Press, 1977.
- Bandura, A., *Aggression. A Social Learning Analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1973.
- Bandura, A. & R.H. Walters, *Social Learning and Personality Development*. New York, NY: Holt, Rinehart and Winston, 1963.
- Bettelheim, B., *Survivre*. Paris, France: R. Laffont, 1979.
- Berkowitz, L., "The frustration-aggression hypothesis revisited," in L. Berkowitz, *Roots of Aggression. A Re-examination of the Frustration-Aggression Hypothesis*. New York, NY: Atherton Press, 1969.
- Boudon, R. & F. Bourricaud, *Dictionaire critique de la sociologie*. Paris, France: PUF, 1984.
- Campero, G. *Entre la sobrevivencia y la accion política. Las organizaciones de pobladores en Chile*. Santiago, Chile: ILET, 1987.

- Cardoso, F.H., *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1968.
- Castells, M., "Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile," in *EURE* No. 7, Santiago de Chile, 1973.
- Cherkaoui, M., "Changement social et anomie: essai de formalisation de la théorie durkheimienne," in *Archives Europeennes de Sociologie*, XXII, 3-39, 1981.
- Chevalier, L., *Classes Laborieuses et Classes Dangereuses*. Paris, France: Plon, 1958.
- Cornelius, W.A., "Urbanization as an Agent in Latin American Political Instability: The Case of Mexico," in *American Political Science Review*, 63, 1969.
- Cutright, Ph., "National Political Development: Measurement and Analysis," in *American Sociological Review*, XXVIII, 1963.
- DaMatta, R., "As raízes da violência no Brasil: reflexões de um antropólogo social," in R. DaMatta et al., *Violência Brasileira*. Rio de Janeiro, Brasil: Brasiliense, 1982.
- Davies, J.C., "Towards a Theory of Revolution," in *American Sociological Review*, Vol. 77, 1962.
- DESAL, *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Troquel, 1970.
- Dollard, J., L. Doob, N. Miller, O. Mowrer & R. Seers, *Frustration and Aggression*. New Haven, CT: Yale University Press, 1939.
- Dubet, F., E. Tironi, V. Espinoza & E. Valenzuela, *Pobladores. Luttés sociales et démocratie au Chili*. Paris, France: L'Harmattan, 1989.
- Duff, E. & J. Mac Cammant, *Violence and Repression in Latin America*. New York, NY/London, England: The Free Press, 1976.
- Durkheim, E., *De la division du travail social*. Paris, France: Felix Alcan, 1932.
- _____, *Sociologie et Philosophie*. Paris, France: PUF, 1967.
- Fanon, F. *The Wretched of the Earth*. Harmondworth, England: Penguin, 1974 (primera edición en 1961).
- Festinger, L., *A theory of Cognitive Dissonance*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1957.
- Garretón, M.A., "Popular Mobilization and the Military Regime in Chile: The Complexities of the Invisible Transition," in S. Eckstein, *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*. Berkeley, CA: University of California Press, 1989.
- Germani, G., *Sociología de la modernización*. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 1969.

- Goldrich, D.; R.B. Pratt & C.R. Schuller, "The Political Integration of Lower-Class Urban Settlements in Chile and Peru," in *Studies in Comparative International Development*. St. Louis, MO: Washington University, 1967.
- Gurr, T.H., *Why Men Rebel*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1970.
- Jahoda, M., P.F. Lazarsfeld & H. Zeisel, *Marienthal: The Sociography of an Unemployed Community*. Chicago, IL: Aldine, Atherton, 1971.
- Janis, I.L., *Stress and Frustration*. New York, NY: Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1971.
- Kornhauser, W., *The Politics of Mass Society*. Glencoe, IL: The Free Press, 1959.
- Kowarick, L., "Movimientos populares urbanos y el proceso de democratización en Brasil: balance crítico de la literatura," in E. Tironi (ed.), *Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia*. Santiago, Chile: Proposiciones-Sur, 1987.
- Le Bon, G., *Psychologie des Foules*. Paris, France: Puf, 1981.
- Leland, H.W., "Theoretical Consideration of Adaptive Behavior," in W.A. Coutler & H.W. Morrow, *Adaptive Behavior. Concepts and Measurements*. New York, NY/San Francisco, CA/London, England: Grune and Stratton, 1978.
- Lewis, O., *Antropología de la Pobreza*. Ciudad de Mexico, Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Lipset, S.M., *Political Man*. New York, NY: Doubleday Anchor Books, 1963.
- Lira, E., & E. Weinstein, "Desempleo y daño psicológico," in *Revista Chilena de Psicología*, Vol IV, No. 2, 1981.
- Lubek, I., "Fifty Years of Frustration and Aggression: Some Historical Notes on a Long-Lived Hypothesis," in K.N. Larsen, *Dialectics and Ideology in Psychology*. Norwood, NJ: Ablex Publishing Corporation, 1986.
- Maier, N.R.F., *Frustration. The Study of Behavior without a Goal*. Ann Arbor, MI: The University of Michigan Press, 1961 (primera edición en 1949).
- Mainwaring, S., "Urban Popular Movements, Identity and Democratization in Brazil," in *Comparative Political Studies*, Vol. 20, No. 2, July 1987.
- _____, "Transitions to Democracy: Theoretical and Comparative Issues," Mimeo, 1989.
- Martín-Baró, I., "El latino indolente. Carácter ideológico del fatalismo latinoamericano," in M. Montero (coord.), *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas, Venezuela: Ed. Panado, 1987.
- Martinez, J., "Miedo al Estado, miedo a la sociedad," in *Proposiciones No. 12*, Santiago, Chile: Sur, 1986
- Martinez, J. & E. Tironi, *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980*. Santiago, Chile: Sur, 1985.

- Milgram, S., *Obedience and Authority. An Experimental View*. New York, NY: Harper Colophon Books, 1975.
- Miller, N.E. (with the collaboration of R.S. Sears, O.H. Mowrer, L.W. Dobb & J. Dollard), "The Frustration-Aggression Hypothesis," in L. Berkowitz, *Roots of Aggression*. New York, NY: Atherton Press, 1969.
- Moore, B. *Injustice. The Social Bases of Obedience and Revolt*. New York, NY: M.E. Sharpe, 1978.
- Moscovici, S., *Le psychoanalyse et son public*. Paris, France: Presse Universitaires de France, 1961.
- _____, *L'Age des Foules*. Paris, France: Fayard, 1981.
- _____, G. Mugny & E. Van Avermaet, *Perspective on Minority Influence*. New York, NY: Cambridge University Press; Paris, France: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1985.
- Nelson, J., "Migrants, Urban Poverty and Instability in Developing Countries." Cambridge, MA: Harvard University Center for International Affairs No. 22, September, 1969.
- Nun, J., "Sobrepoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal," in *Revista Latinoamericana de Sociología*, V (2) 1969.
- Parsons, T., *Essays in Sociological Theory*. Glencoe, IL.: The Free Press, 1958.
- Pizzorno, A., "Political Exchange and Collective Identity in Industrial Conflict," in C. Crouch & A. Pizzorno, *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe since 1978*. New York, NY: Holmes & Meier Publishers Inc., 1978.
- Portes, A. "On the Logic of Post-Factum Explanations: The Hypothesis of Lower-Class Frustration as the Cause of Leftist Radicalism," in *Social Forces*, Vol. 50, No. 1, September 1971.
- _____, "Racionalidad en la población marginada: un ensayo de sociología interpretativa," in *Estudios Centro Americanos*, Vol XXIX, El Salvador, San Salvador, junio-julio 1974.
- _____, "Occupation and Lower-Class Political Orientations in Chile," in A. Valenzuela & J.S. Valenzuela, *Chile. Politics and Society*. New Brunswick, NJ: Transactions Books, 1976.
- Przeworski, A., "Compromiso de clase y Estado: Europa occidental y A. Latina," en N. Lechner (ed.), *Estado y política en A. Latina*. Mexico DF, Mexico: Siglo XXI, 1983.
- _____, *Capitalism and Social Democracy*. Cambridge, MA: Cambridge University Press; Paris, France: Maison des Sciences de l'Homme, 1985.
- Reber, A.S., *Dictionary of Psychology*. London, England: Penguin Books, 1985.

- Rodriguez, A. & E. Tironi, "Encuesta a pobladores de Santiago: principales resultados," *Hechos Urbanos* No. 59, Santiago, Chile: Sur, 1986.
- Rustow, D.A., "Transition to Democracy. Toward a Dynamic Model," in *Comparative Politics*, April 1970.
- Skocpol, Th., *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*. Cambridge, MA: Cambridge University Press, 1979.
- Shaw, M.E. & J.M. Wright. *Scale for Measurement of Attitudes*. New York, NY: Mac Graw-Hill, 1967.
- Soares, G. & R.L. Hamblin, "Socioeconomics bases of politics," in *American Sociological Review*, Vol. 61, December 1967.
- Tilly, Ch., *From Mobilization to Revolution*. Reading, MA: Addison-Wesley, 1978.
- Tironi, E. (1986a), "Para una sociología de la decadencia," in *Proposiciones*, Vol. 12, octubre-diciembre, Santiago, Chile: Sur, 1986.
- _____ (1986b), *El liberalismo real*. Santiago, Chile: SUR, 1986. (Tambien en frances: *Pinochet. La dictadure neo-liberale*. Paris, France: L'Harmattan, 1986).
- _____ (1987a), "Pobladores e Integración Social," in E. Tironi (ed.), *Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia*. Santiago, Chile: Proposiciones-Sur, 1987.
- _____ (1987b), "La Marginalidad en los Años Ochenta. Situación y actitudes de los "pobladores" de Santiago de Chile." Santiago, Chile: CEPAL, LC/R.633, 1987.
- _____ (1988a), "Los chilenos y el plebiscito. Un enfoque psico-social," in *Mensaje* No. 367, Santiago, Chile, marzo-abril, 1988.
- _____ (1988b), *Los Silencios de la Revolución. Chile: la otra cara de la modernización*. Santiago, Chile: Editorial La Puerta Abierta, 1988.
- _____ (1989a), "La Campaña por el No: premisas, estrategia, resultados," in *La Campaña del No: un balance*. Santiago, Chile: Ced-ILET-Sur, 1989.
- _____ (1989b), "Mercado de trabajo y violencia," mimeo, 1989.
- Touraine, A., *La Parole et le Sang. Politique et société en Amerique Latine*. Paris, France: Odile Jacob, 1988.
- Valenzuela, E., *La Rebelión de los Jovenes*. Santiago, Chile: Sur, 1985.
- _____, "Representaciones e Identidades en el mundo popular," in *Proposiciones* No. 13, Santiago, Chile: Sur, 1987.
- Vekemans, R. & R. Venegas, "Seminario de Promoción Popular." Santiago, Chile: Desal, 1966.

Weffort, F., "Populismo en la política brasileña," in *Brasil Hoy* (varios autores). Mexico DF, Mexico: Siglo XXI, 1970.